

4-16-5-80

66-5
95

(21)

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

POR EL

SR. D. JOSÉ PAREJA GARRIDO

SECRETARIO

Y EL

ILMO. SR. D. FEDERICO GUTIÉRREZ JIMÉNEZ

ACADÉMICO NUMERARIO

en la sesión inaugural celebrada por la citada corporación

el día 20 de Marzo de 1898

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1898

12082487

R. 21108

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

POR EL

SR. D. JOSÉ PAREJA GARRIDO

SECRETARIO

Y EL

ILMO. SR. D. FEDERICO GUTIÉRREZ JIMÉNEZ

ACADÉMICO NUMERARIO

en la sesión inaugural celebrada por la citada corporación

el día 20 de Marzo de 1898

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1898

DISCURSO

DEL

Sr. Dr. D. José Pareja Garrido

SECRETARIO



SEÑORES:

Una desgracia, llorada en su tiempo y no olvidada todavía, me ha traído á este puesto, tan superior á mis méritos, como inadecuado para mis concretas aptitudes. Cumplo, pues, los deberes de un cargo que no he solicitado ni adquirido por los procedimientos normales, sino que ha venido á mí por la ley ineludible de la necesidad, representando más bien que un ascenso previsto y reglado, la exaltación obligada y momentánea del combatiente más próximo cuando el jefe cae herido ó muerto en el campo de batalla. He cubierto una vacante de sangre, porque en esta continua lucha de la vida, nuestro Secretario perpetuo, el inolvidable D. Rafael Branchat y Vime-Prada, herido de muerte por inesperada enfermedad, abandonó el estandarte de la Academia, que tan briosamente llevara muchos años, viéndome obligado yo, el más débil, pero el más cercano, á recoger la enseña y cubrir el hueco que en nuestras filas dejara tan querido y esforzado compañero. Soportad la contrariedad de este cambio, consecuencia de tan irreparable desgracia y mirad con benevolencia al improvisado cronista, en gracia de lo accidental y lamentable de su origen.

Justo y humano me parece comenzar el relato de nuestra vida social durante el último año transcurrido, despidiendo críticamente á los que se fueron para siempre y dando la bienvenida cortés y cariñosa á los recién llegados.

Figura entre aquéllos, ya lo he dicho, y harto grabado está en nuestra memoria, el Secretario perpetuo, calificativo que contrasta con la caducidad, el Dr. D. Rafael Branchat, antiguo y celoso académico, ilustrado Profesor de esta Escuela de Medicina donde cursó todos sus estudios y mereció todos sus títulos profesionales, higienista convencido que predicaba con el ejemplo, político honrado que administró bien los intereses comunales, logrando conservar puro su nombre, aun en boca de sus adversarios, lo más difícil en los tiempos que corremos. Branchat, que aun no era viejo, tenía tal solidez en su contextura física, que en los últimos tiempos de su vida, sorprendía á compañeros y amigos el profundo destrozo de tan vigoroso organismo, y sin embargo no era menor que aquélla la robustez de su arquitectura moral, pues á los méritos del hombre de ciencia unía los menos brillantes, pero más valiosos tal vez de una honradez acrisolada y una caballerosidad indiscutible. La Academia lo sabe de ciencia propia, pues en el largo período en que administró y guardó el modesto peculio social, dió tales pruebas de corrección que el cargo de Tesorero hubiera sido en él tan perpetuo, por voluntad unánime de la Corporación, como lo fué el de Secretario por prescripción reglamentaria. Descanse en paz el modesto é inteligente Profesor de Higiene, asiduo académico, pundonoroso caballero y probo ciudadano, en cuya muerte todos hemos visto la pérdida de un leal amigo y de un prestigioso compañero.

Otra desgracia que consideramos como propia, aunque ya no nos perteneciera oficialmente, es la del insigne Dr. Creus que ha venido á morir en nuestra tierra, la suya de adopción, después de haber alcanzado un renombre nacional y enaltecido entre propios y extraños el prestigio de la Escuela que disfrutó las primicias de su genio en los largos y trabajados años de su magistral y ejemplarísima enseñanza. Compañero en la Facultad y en la Academia de algunos de los que me oyen, muy pocos ya por desgracia; maestro inolvidable de casi todos los demás, hemos de considerarlo como de casa, aunque la personalidad científica de nuestro cirujano fuera tan grande que no pudiendo encerrarse en los estrechos linderos de una región, llegó

á convertirse en nacional y aun á traspasar á veces, llena de vigor y lozanía, las fronteras de la patria.

Permitid, pues, que este obligado cronista de vuestras penas, trabajos y alegrías, rompa esta vez los moldes trazados por la costumbre á esta clase de crónicas, incluyendo en las efemérides tristes de la Academia la muerte del Dr. Creus, que aunque hacía mucho tiempo que no formaba parte de ella, era y será siempre, en la memoria de sus discípulos, no ya una autoridad, prestigiosa como lo son todos los maestros dignos de este nombre, sino algo así como un dictador, impuesto, más que por la propia voluntad, por el respeto casi idolátrico de sus incondicionales adictos. Disculpád que este indigno heredero de su cátedra, agobiado por la pesadumbre de tan honrosa herencia, pague en homenajes de admiración y de cariño, deuda que no puede saldarse con hechos meritorios. No puedo, ni debo hacer aquí la biografía del Dr. Creus, trabajo que me sería muy grato, pero que han hecho otros con más sazón y con mayores alicios, alguno como nuestro ilustre Presidente, con tal riqueza de color y con tan robustos trazos, que hacen del boceto una obra tan magistral como todas las que salen de su pluma, y sólo he traído su venerable nombre á esta revista anual, porque figuró por mucho tiempo en las actas de la Academia y era mirado por todos como uno de los más gloriosos títulos con que puede enorgullecerse, tanto que él sólo bastaría para recabar en el mundo científico el derecho de vivir honrosamente.

Otra vacante ha habido en nuestras filas, pero ésta, por fortuna, no la ha hecho la muerte, sino más bien una nueva vida, puesto que á tal equivale el merecido ascenso del Dr. D. Ramón Cañadas á una cátedra de número de la Facultad de Medicina de Cádiz, ascenso que al obligarle á cambiar de residencia, ha producido entre nosotros una baja lamentable por ser el ausente persona tan ilustrada cuanto modesta y laboriosa.

Mas no todo han de ser pérdidas y dolores en este conciso balance de nuestra vida social, sino que también hay que anotar en él ganancias y satisfacciones. Han ingresado solemnemente en la Academia, previa la lectura de sendos y concienzudos trabajos, doctores tan reputados como D. Pedro López Peláez y don

Rafael García Duarte, peritísimo catedrático de Anatomía el primero, y digno profesor auxiliar el segundo de nuestra Facultad de Medicina que tan hospitalariamente nos presta su casa y sus auxilios. Con el modesto título de «Algunas particularidades anatómicas y fisiológicas de la mucosa nasal», leyó el Dr. Peláez un discurso repleto de erudición, avalorado por curiosas investigaciones originales y por razonados comentarios, al que contestó, como él sabe hacerlo, y huelga, por lo tanto, todo elogio, nuestro digno Presidente; y bajo el epígrafe de «Gastro-ectasia» y tratando la cuestión de un modo tan atinado como concienzudo, presentó el suyo el Dr. García Duarte, contestado en igual forma por el Dr. Rus, individuo de la Sección de Medicina y compañero en quien se juntan la discreción y la modestia.

A más de estas dos solemnes recepciones, la Academia espera celebrar en breve plazo con fiesta igual el ingreso de dos compañeros tan distinguidos y estimables como D. Víctor Escribano y D. Juan de Dios Peinado, anatómico aquél, entusiasta por su ciencia y por su cátedra, tan honrosamente conseguida y hombre en el que forma raro contraste la madurez del juicio con el verdor de los años; médico práctico el segundo, tan enamorado de su profesión que no concebiría la vida sin enfermos que observar y sin libros de enfermedades que leer.

Han dado pruebas los dos primeros señores de su inteligencia y laboriosidad, pues además de sus valiosos discursos de recepción, escribieron y presentaron á la Academia que los había nombrado ponentes en difícil asunto judicial, dictamen tan meditado y luminoso que con la unánime aprobación obtuvo también el merecido elogio, y pronto contaremos con la valiosa ayuda de los otros en nuestros obligados trabajos. No han sido éstos en verdad muy numerosos en el curso transcurrido, pues aparte de aquel y otros varios dictámenes ó informes periciales, pedidos por la Administración de justicia y de las tareas de orden interior que son propias de estas colectividades, la Academia no ha podido, aunque bien lo desea, vigorizar su vida de relación, algo débil y desmayada por la escasez de medios materiales. A pesar de tales trabas, la vigorosa iniciativa de nuestro sabio Presidente, que ya ha sido tan fecunda en todo lo que se refiere al régimen interior,

á la vida que pudiéramos llamar vegetativa, se ha extendido también á la parte intelectual ó científica, abriendo un certamen ó concurso en que se ofrecían honrosos premios á los trabajos encaminados á desarrollar temas tan interesantes como los siguientes:

Limites que no deben traspasar las intervenciones quirúrgicas de la llamada cirugía abdominal.

Juicio crítico de las diferentes teorías modernas emitidas para explicar la génesis de la fiebre y leyes piretógenas.

Propuestos dichos temas por las respectivas secciones de Cirugía y Medicina fueron aprobados por la Academia que ha tenido el sentimiento de no otorgar los ofrecidos premios, no obstante estimar como plausibles tentativas, los trabajos ó memorias presentados al concurso por anónimos autores. Lamenta tal resultado, pero se propone seguir por aquel camino, segura de despertar á los que duermen y estimular á los rehacios con nuevos aunque parecidos llamamientos.

Estas han sido, sintéticamente relatadas, para no cansar, las tareas de la Corporación en el curso anterior, como aquellos, contados también de un modo lacónico, fueron los cambios ó mudanzas, adversos ó prósperos, en el personal que la forma; y sólo me queda para cumplir la obligada misión de Secretario que trabajosa y torpemente desempeño, hacer público mi deseo de que la Academia prosiga su camino, conservando y aumentando el caudal de sus prestigios, para honra de la ilustrada Ciudad en que vive, de la solariega y querida casa en que se alberga y de su propia y respetable tradición.



DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. Dr. D. Federico Gutiérrez y Jiménez

ACADÉMICO NUMERARIO

SRES. ACADÉMICOS:

Al inaugurar con esta solemnidad literaria las tareas del nuevo año académico, cumplimos una ley biológica, ineludible como todas las leyes naturales. Colocados entre el pasado y el futuro, venimos á dar un póstumo «adios» á los que fueron y la bienvenida á los que son y esperan ser en sucesivas jornadas continuadores de la lucha por la vida. *Corruptio unius, generatio alterius*, decía el filósofo de Estagira y esta máxima aristotélica, verdadera y sólida como expresión de la evolución perpetua y universal, se cumple y *verifica* á nuestros ojos en la destrucción y renovación incesante de los seres, muchos de los cuales son pedazos de nuestro corazón, arrancados por la fuerza incontrastable de la muerte.

Aunque muy remotos, herederos y representantes de la civilización greco-latina, que se basó en la piedra del hogar y en la piedra de la tumba, rendimos hoy merecido tributo de cariñosa recordación á los socios que brillaron á la luz de este hogar académico, desapareciendo luego entre las sombras del sepulcro y, saludando con alegría y cariño á los que han heredado de aquéllos, y conservan como fuego sacro, talentos y virtudes, tenemos que repetir melancólicamente las frases del gran poeta griego: «las generaciones de los hombres son como el follaje de los bos-



ques: el viento arroja al suelo las hojas marchitas y otras aparecen lozanas en la primavera siguiente.» Verdad poética que expresa la ley biológica tan sencilla como exactamente.

Ya hemos recogido en la bien escrita *Memoria* del Sr. Pareja las hojas caídas del árbol, y nos preparamos á cultivar las ramas que deben producir nuevas hojas y nuevos frutos.

Y encargado yo, por designación oficial, de dar comienzo á estas labores, abrigo el temor de que han de resultar infecundas, no por flaqueza de mi voluntad, rica en buenos deseos y esperanzas, sino por la escasez de medios intelectuales. Con medios tan pobres, suplidos por vuestra ilustración, y con mi intención generosa, amparada por vuestra benevolencia, se hace más llevadero el trabajo de encontrar un asunto digno por su importancia de esta docta Corporación, aunque por su desarrollo insuficiente no corresponda al valor científico que se le atribuye. Mi atención se ha fijado en la Antropología, que entendida en su mayor amplitud, linda por un lado con las ciencias naturales y por el otro con las filosóficas. Y de tantas cuestiones modernas, me he detenido en una, que interesa por igual á los cultivadores de la Medicina y del Derecho, cual es la *teoría del hombre criminal*, según el criterio del célebre doctor italiano Lombroso. Voy, pues, á estudiar el *tipo criminal*, no abarcando la variedad y totalidad de sus caracteres específicos, sino indicando algunas notas distintivas y señaladamente las que se relacionan con la teoría del atavismo.

El *uomo delinquente* de Lombroso que apareció en los años 1871 á 1876, produjo una verdadera revolución en la ciencia del Derecho, suscitando vivísimas polémicas, en las que intervinieron jurisconsultos y alienistas, médicos y abogados. Tomassia, Bono, Giacomini, Ferri, Garofalo, Marro y otros muchos acumularon abundantes materiales á la Antropología criminal de Lombroso.

Preparado venía ya el terreno, desde la publicación en París del «Tratado de la Herencia» por Lucas en 1847; con los estudios de Winslow en Inglaterra sobre la locura de los delincuentes, con la obra de Morel, de tanta transcendencia en la Psiquia-

tria, con las investigaciones de Despine sobre las perturbaciones mentales de los malhechores y el notable esfuerzo de Mandsley, que buscó con afán la línea divisoria de la integridad mental y de la locura; y, sólo, después de tantos materiales dispersos, era menester un hombre laborioso y de ingenio que, ordenándolos en organismo científico se erigiera en maestro y jefe de escuela, dando unidad y forma á la Antropología criminal.

Y apareció el doctor italiano Lombroso, que con tanta habilidad como paciencia, dibuja ó crea un tipo criminal, que es un individuo *sui generis*, arrastrado al mal por inclinación innata, irresistible, fruto podrido de herencia atávica y pariente inmediato, muy próximo del loco y del enfermo. Inquiriendo Lombroso los orígenes de su tipo, los encuentra por analogía de caracteres, en las razas inferiores ó pueblos salvajes, que declara criminales *ipso facto*.

Al determinar las notas características de su *hombre delincuente*, distingue tres especies: 1.^a Caracteres físicos, que pudiéramos llamar anatómicos, derivados los más del examen del esqueleto. 2.^a Caracteres fisiológicos, entre los que descuellan los tomados de la fisonomía patibularia, de la sensibilidad escasa y de la analogía sexual; y 3.^a Caracteres patológicos, que se cifran en lesiones viscerales, en enfermedades del hígado y del estómago, estravismo, tartamudez, etc., etc.

La interpretación exacta del tipo criminal de Lombroso es, según el ilustre profesor de Lieja, Francotte, la siguiente: «El criminal se parece, á la par, al hombre primitivo y al salvaje, y se parece también al niño. El organismo humano atraviesa sucesivamente, en el curso de su desarrollo, las distintas etapas de su evolución filogénica. El criminal, en vez de llegar al último grado, sufre una detención de desarrollo, no pasa del estadio de evolución que corresponde al niño, por manera que podría decirse que la criminalidad no es sino la infancia prolongada. Después ha recurrido á un elemento patológico y asocia la teoría teratológica á la teoría atávica.

Por mucho tiempo de que dispusiera, me faltaría, para ofrecer, reunidos en un extracto, los datos que se refieren al cráneo, y más aún si detallara los pertinentes á las otras regiones del es-

queleto, observados por Lombroso y sus infatigables discípulos. Baste afirmar, sin pecar de temerario, que nada positivo y sólido se encuentra en la multitud de caracteres que se han dado por los observadores, pues las afirmaciones de los unos resultan contradichas por los otros, sin que en estas fluctuaciones quede un punto firme en que apoyar la hipótesis lombrosista. Ved, si no: la capacidad craneal de los criminales ofrece, según éste, predominio de capacidades mínimas: Ranke afirma que no hay en esto diferencia sensible entre el delincuente y el que no lo es y, en cambio Heger y Dallemagne han encontrado la capacidad craneal de los asesinos mayor de la ordinaria. Mannonvier ha obtenido una media aritmética casi igual á la común. Pero oid á Francotte, que hace un examen crítico tan acabado que sería vanidad querer superarlo. Para Lombroso, dice el sabio profesor citado, el hombre criminal es pesado y alto; no es alto ni pesado para Virgilio en Italia, para Thonson, en Inglaterra. Según los italianos, el criminal es más bien moreno que rubio; para los alemanes y suecos es más bien rubio que moreno. Para Ferri, el homicida tiene el brazo más largo en el Piamonte y Venecia; mas corto en la Lombardía y en Sicilia; unas veces más corto y otras más largo en las Marcas y Nápoles.»

«Heger y Dallemagne, Bordier y Bagenoff señalan en el delincuente el predominio de la circunferencia craneana posterior: Marro consigna resultados opuestos: la curva transversal supra-auricular que, para los unos, es mayor en los criminales, otros la encuentran menor. Corre afirma que la braquicefalia es común en los criminales y Bordier asegura que en su mayoría son mesaticéfalos con tendencia á la dolicocefalia.»

Todo cuanto se señalaba como característico del cráneo del criminal y especialmente la fosita occipital media, se encuentra, según Francotte cuatro veces más frecuentemente en los judíos y en los árabes y, sabido es, añade, que la criminalidad de éstos es inferior á la de los europeos.

Este hecho y argumento de la raza semita, es tan abrumador para Lombroso que, no sabiendo cómo escapar ileso del pantano, apela á la fantástica salida de una *criminalidad latente* que, como germen dormido en el hielo, yace quieta y escondida en las obs-

curas entrañas de árabes y judíos. Contestando á estos positivistas que tanto abusan de la imaginación, podían sociólogos y gobernantes admitir esta delincuencia latente ó potencial, si Lombroso y adláteres se comprometieran con garantías eficaces á mantener la criminalidad en potencia, sin llegar nunca al *acto*, entre *jaféticos* y *camitas*, ya que entre los *semitas* el microbio del crimen se halla atenuado ó latente.

¿Y para qué hablar de otros caracteres físicos, ó de los fisiológicos y patológicos, asignados gratuitamente al tipo criminal? Uno de los más donosos es la disminución de la sensibilidad afectiva y la extinción de la sensibilidad moral, abundante materia explotada por los novelistas pseudo-románticos, que han emborronado largas cuartillas describiendo con pinceladas de hollín y almagra la figura glacial del asesino que celebra tranquilamente bárbaro festín delante de sus víctimas. Insensibilidad marmórea que podrá, tal vez, pasar en la novela de folletín, pasto de femenil curiosidad, pero no cabe en la buena literatura y menos aún en la ciencia antropológica, si ha de conservar su dignidad científica. Los médicos de cárceles y presidios y todos los que sin preocupaciones de escuela, pongan su atención en los criminales, declararán que arden las llamas del amor conyugal y del paterno en los reos de crueles asesinatos; que la meretriz, si ha perdido el noble sentimiento del pudor, conserva el religioso, aunque mezclado con escorias de superstición, y guarda el amor á sus padres y hermanos tan vivo como en las personas honestas.

Y respecto del valor, más, mucha más heroica resignación muestra el hombre honrado que el criminal al soportar los sufrimientos y más serenidad para arrostrar los peligros. Con el gesto y el látigo contiene muchas veces un comandante de presidio la turba insurrecta de homicidas y ladrones que, con toda su fiera valentía, ceden humildes y se rinden sumisos á la voluntad enérgica de un sólo hombre.

Si en la observación de los hechos que saltan á nuestros ojos, la confusión y contradicción reinan despóticamente, ¿cómo hallar firmeza en la teoría de la evolución regresiva del criminal á las



edades prehistóricas, envueltas en las nebulosidades de una ciencia conjetural y fragmentaria, si en fragmentos y conjeturas puede edificarse una ciencia?

Estudiemos, aunque sea ligeramente la teoría atávica, última parte de nuestro modesto trabajo.

La teoría del atavismo del hombre criminal, no obstante su aparato científico, dista mucho de la perfecta demostración, por tener sólo por fundamento una simple hipótesis: la del supuesto hombre primitivo, nacido y criado en estado salvaje.

Y no es en buena lógica base sólida del edificio de la ciencia positiva, enemiga de fantasías y conjeturas, la tesis problemática del salvajismo, que no ha pasado todavía y acaso no pase nunca del terreno movedizo de las hipótesis. Conjunto heterogéneo de observaciones incompletas, inducción precipitada de hechos inconexos ¿dónde tiene la solidez y profundidad que requiere el cimiento de las verdades científicas?

La *paleontología*, con sus fósiles, la *etnografía*, con sus árboles genealógicos, la *arqueología*, con sus fragmentos megalíticos, la *antropología*, con sus índices cefálicos, no han conseguido despejar las sombras espesas del estado primitivo de la humanidad. Apenas llega la luz de tantas ciencias combinadas al antro cavernoso donde yace en tinieblas el Adán proto ó prehistórico.

Esta afirmación de modestia científica nada tiene que ver con creencias espiritualistas, ni con prejuicios tradicionales, asaz difíciles de conciliar con la teoría del salvajismo. No se trata aquí de la tradición mosaica que coloca la edad de oro antes de las edades de hierro y de piedra. Se trata de una hipótesis que creyentes é incrédulos admiten ó rechazan, según sus particulares convicciones, y no según sus relaciones con los capítulos del Génesis. La ciencia es ciencia y la ciencia de los hechos, ó de sus indicios arqueológicos, no lleva trazas de esclarecer el problema de la cultura primitiva, más ó menos rudimentaria.

Con el lenguaje de los hechos se ha debido demostrar que fué universal el estado de la barbarie humana primitiva; pero aquella lengua enmudece en muchos pueblos donde la piqueta del arqueólogo ahonda en vano buscando vestigios de la edad paleolí-

tica. Ni universalidad, ni simultaneidad, porque mientras la cultura romana, ya esclarecida por la luz del cristianismo, se extiende por el imperio de los Césares, gime en las rudezas de la edad neolítica la Escandinavia; como hoy los salvajes de algún islote oceánico, desde un peñón de la costa, ven estupefactos el resplandor del foco eléctrico de los grandes vapores que izan la bandera de la civilización. Ni es tampoco evolutivo el salvajismo del hombre cuaternario que atraviesa, según las teorías, las cuatro edades de la piedra labrada, de la piedra pulimentada, del bronce y del hierro; porque los hechos arqueológicos demuestran la coexistencia de los tipos industriales. En las ruinas de la antigua Troya, perforando cinco estratos, la erudita curiosidad de nuestro siglo ha encontrado utensilios de tosca piedra al lado de muebles y adornos de plata y oro; y si esto ocurre en las capas inferiores, revelando la cultura de un pueblo, no sucede lo mismo en la capa superior, abundante en instrumentos de sílex, indicio claro de que una raza bárbara ó menos culta ha aparecido en el peldaño más alto de la escala.

Y no hay motivo de asombro en esta inversión y confusión de las edades prehistóricas. La historia que habla más claro que todas las conjeturas arqueológicas, engalanadas con títulos científicos, la historia documental, cierta y fidedigna, dice que todo pueblo salvaje ha continuado salvaje, sin levantarse de su abyección por su sólo esfuerzo. Nadie ha encontrado en su hogar el fuego de la civilización. De fuera, del cielo ó del abismo, ha venido el Prometeo robador de la llama divina. Las armas de Roma conquistan á Grecia y Grecia conquista á Roma por las letras y por las artes.

Eso dice la Historia y esa ley se cumple en todos los tiempos. El salvaje que pinta Horacio como bestia que con uñas y manos se defiende de sus enemigos, no encontró por sí sólo la pólvora ni el cañón: los recibió de otro, acaso los tomó de sus enemigos vencedores, al caer en su servidumbre. Y mientras trabajaba encadenado, recordó tal vez, en vaga reminiscencia, que artes análogas conocían sus abuelos y él, por su torpeza ó su desgracia, había olvidado la cultura antigua..... y es que el salvaje es un degenerado: ha caído de lo alto, ha roto la cadena de la edad de



oro, cantada por todos los poetas y descrita por la tradición universal como aurora feliz de la humanidad naciente..... Puede ascender, en contacto con otro más adelantado; pero antes descendió, rodó por la pendiente de la barbarie, al separarse y aislarse del foco de la civilización.

Pero seamos generosos: concedamos á los sabios antropólogos que es realidad la fantasía del salvajismo primitivo. ¿Y quién ha demostrado que es criminal el salvaje? En el orden material, industrial, artístico, es atrasado, inculto, *salvaje*: mora en cavernas, devora peces crudos, labra sílices ó forma una lanza con un palo puntiagudo.....; pero en el orden moral no es salvaje. La Historia lo demuestra. Hace pocos años, en el centro del Africa, el descubridor de aquellas regiones selváticas encontró gentes pacíficas, tribus agrícolas, de suaves costumbres y dotadas de creencias religiosas. No observó instintos sanguinarios más que en algunas tribus relacionadas con los *cultos europeos* que comerciaban con los negros sujetándolos á la inicua esclavitud.

Si la Historia moderna, contemporánea, no basta, la Prehistoria refuerza su testimonio. El Dr. Quatrefages asegura que los trogloditas de la raza de Cro-Magnon, enterraban á sus muertos con ceremonias expresivas de la fe de ultratumba. Y Lartet, rechazando la supuesta antropofagia de los primeros hombres, declara no haber tropezado, en las estaciones de la Galia primitiva, con la huella más leve, con la más ligera muestra de esa costumbre criminal. La caridad, el amor al prójimo, lo que ahora llaman «altruismo» se descubre en los huesos de los salvajes; porque los huesos presentan señales de inflamaciones, señales de suturas, indicios de heridas cicatrizadas por el amoroso cuidado tanto ó más que por el arte. Letourneau, aficionado á la teoría «salvajista», tiene, sin embargo, la franqueza de confesar que en muchas tribus selváticas, entre los Pielas Rojas de América y los Gopas del Asia, ha encontrado dulzura de costumbres y sentimientos de caridad y beneficencia. Los Kupnis, también apacibles y suaves como los Gopas, añade Letourneau que levantan, á alguna distancia de sus aldeas, silos ó graneros donde depositan los cereales y demás provisiones de la comunidad, y, á pesar de que nadie custodia estos depósitos situados en lu-

gares desiertos, no se ha dado un caso de rapiña ni en tiempos de esterilidad ó escasez. El calumniado salvaje da así una lección elocuente de probidad y respeto al derecho que, con toda su elocuencia, no han de aprovechar los cultos bandidos de nuestras ciudades, regidas por sabios Códigos y defendidas por poderosos ejércitos.

Cuando espiraba el siglo XVIII, entre sangrientas revoluciones políticas y cantos fogosos, iniciadores de la revolución literaria, fué moda pintar con suaves colores y cantar con tono de égloga la vida de los salvajes. Una nueva bucólica, tan dulce y tan falsa como la Arcadia de novelistas y poetas líricos, exageraba entonces la mansedumbre, placidez y bondad de los rústicos moradores de las vírgenes selvas y estimulaba á los habitantes de las ciudades á trocar sus pérfidas costumbres y malsanas viviendas por la choza y el cayado pastoriles. Aquel fantástico idilio sucumbió, para resucitar en forma trágica al espirar el siglo XIX. Hoy, entre convulsiones no menos sangrientas, viene la literatura científica á pintar el salvaje como negro conjunto de la enfermedad, la demencia y la barbarie, podrido tronco de podridas ramas, remoto ó primitivo ascendiente del hombre criminal que, por un milagro del atavismo, retrocede, saltando civilizaciones y siglos á la caverna del *ursus spelæus*, ó á la guarida del colosal megaterio...!

¡Cuánta fantasía poética en lugar de ciencia positiva! Al finar uno y otro siglo, el ideal del salvaje ha sido un puro ideal, contrario á la realidad sensible; pero el cándido idilio de los poetas es disculpable y hasta plausible como obra de arte: lo que no tiene disculpa, lo intolerable en el orden científico, es dar como tesis comprobada y verdad fehaciente una triste hipótesis, que hipótesis triste y contradictoria es el tipo ideal de la «bestia humana», imaginado y pintado por los «dilettanti» de los estratos geológicos, de los calabozos del penal y de las clínicas del manicomio.



